

Roberto Marafioti

Argumentos sobre un cierre de época

Roberto Marafioti

Profesor Titular de Semiología, Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires y de Problemática de la Comunicación y Semiología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Lomas de Zamora

Preguntas iniciales

¿Desde dónde pararse para referirse a diciembre de 2001? ¿Desde el presente o desde ese momento? Ambas preguntas no son ociosas porque definen una relación de continuidad o de ruptura con un presente mucho menos vertiginoso que aquel pero con interrogantes que todavía anidan en la política nacional sin una respuesta precisa y definitiva. Otras cuestiones se han cerrado, ojalá que de un modo definitivo. La más certera es aquella que puede afirmar sin lugar a equivocaciones el cierre de la hegemonía del discurso neoliberal. Justo es decir también que la caída del discurso único no se da sólo por estas playas sino que ha extendido como una verdad incuestionable a partir de los frutos producidos.

Volver a repasar algunos datos del 2001 es una tarea que puede parecer escolar aunque no insensata. Se podría empezar por allí y proyectarse hacia el presente.

El neoliberalismo llega a la Argentina de la mano de la dictadura y de Martínez de Hoz y se proyecta, durante más de veinte años. Se aplaca circunstancialmente durante el inicio del alfonsinismo pero luego recobra bríos tal vez más furiosos. Sin dudas, no es sólo un proyecto económico, supone un proyecto político, social y cultural. Es un "clima de época".

La recesión y el descalabro económico era, en el 2001, una herencia difícil de remontar luego de un decenio menemista que retomó una línea sin escalas ni anestesia, con la política económica de la dictadura. Suponía la atadura a un tipo de cambio fijo, el creciente endeudamiento externo y el incremento indiscriminado de la desocupación y la pobreza. Pero, sin dudas, el gobierno

menemista depuró y perfeccionó todos los supuestos al agregar el desmantelamiento del Estado y la privatización de las empresas públicas. Y tuvo su éxito mayor al colonizar al partido de masas más importante de la historia argentina. ¿Qué había, además, en ese año histórico y liminar? Un gobierno que era el estertor de un proyecto político descabellado y mal nacido. Una Alianza con los mismos sectores de poder que el menemismo había encumbrado y se había solazado en una delectación extrema. Una Alianza que, atribulada, definía como eje central de su proyecto la lucha contra la corrupción, pero que se mostraba incapaz de enfrentar a una Corte Suprema desvencijada y descreída por la mayoría de la población.

El "clima de época" instaurado por el menemismo se proyectó más allá de su gobierno y permeó a los sectores políticos y empresariales agudizando los conflictos que ya se vislumbraban. Este es un rasgo central que permite entender por qué el gobierno de la Alianza se vio capturado por la inacción y la ineficiencia. Se trataba de un momento en el que alejarse de ese pasado inmediato implicaba romper con sectores sociales que, en algunos casos, advertían las consecuencias producidas pero que no aceptaban perder los privilegios que le habían otorgado este régimen.

El pensamiento único trajo a estas playas la resignación política como un condimento de la vida política. La adaptación de los partidos políticos al paradigma de la época resultó un aspecto irrecusable de la vida nacional. En este punto, el silencio de la mayoría de los representantes del justicialismo es un dato no menor. Si se advierte la escasa cantidad de deserciones que